

ba en sus piernas abiertas, robustas como las de un buey, con un gesto de espantosa cólera impreso en el rostro de bigotazos caídos y de mirada fulgurante: sobre sus hombros se alzaban las escamas de laca de su armadura y sus piernas rígidas se cubrían con defensas de guerra de la misma laca. Enfrente á él, dos pastorcitas Luis XV., con sus cabeçillas inclinadas coquetamente á un lado, miraban provocativamente á dos "incroyables" almibarados que con galante desdén, adoptaban la postura de un piso de "minuet." A un lado se erguía una jarra cuya superficie imitaba una onda marina y en la que sobresalía nadando una sirena "art-nouveau."

Se interrumpia la cornisa, para seguir un poco mas alta, una peña que soportaba una pequeña escultura bizantina recogida en alguna vieja Iglesia. Era una artística y bellísima muestra de alto valor, del arte vigoroso y lleno de simbolismo de los tiempos del Imperio Romano de Oriente, representando una virgen cuyo cuerpo cubrían estrechas vestiduras coloreadas de oro y azul brillante y viejo. A su lado, como si siguiera el orden retrospectivo del tiempo, un conjunto de columnitas dóricas, como una reminiscencia del arte griego, se er-

guían ostentando la belleza inmortal del génio que encerró en mármoles los supremos ideales de la inteligencia humana. El marmol de aquellas columnitas era extraído de las canteras de Paros, la misma piedra en que Praxitéles y Fidias dieron forma á sus Dioses y á sus Héroes.

Había cuadritos, copias de pintores célebres. Una virgen de Murillo se envolvía en su amplio manto como si fuera un pedazo de cielo. Un "Worn out" (cansado) de Tom Feed, lleno de inmensa tristeza: El pobre viejo bohemio fatigado de tocar su violín por las calles, llega á su mísera bohardilla, acuesta á su nietecita en el frío camaranchon después de cenar la parca pitanza, dejando á los ratones que asustan á la pequeñuela, la tarea de limpiar la burda escudilla; él se echa sobre un desvencijado sillón y ostenta en su rostro arrugado, gastado por el hambre, envejecido y curtido por el eterno infortunio, la dejadéz absoluta del desánimo. Su mano se apoya en el camaranchón, mano sin fuerza, exangüe, moribunda y la chiquilla duerme profundamente, los dos duermen y ella se afianza, se abraza con todas sus fuerzas, á la mano del viejo; con la pasión egoísta de una vida que empieza, que quiere imperiosamente fuer-

zas y que las pide á la vida que acaba, que se vá.

En un fondo de dorado crepúsculo se destacaban los dos aldeanos del "Angelus" de Millet. Una preciosa acuarela auténtica de Ramos Martínez, que representaba la torre ruinosa de una Iglesia, radiaba, su brillante colorido y la rica y poderosa variedad de sus matices, en tonalidades que brotaban del cuadrito en radiaciones imperadoras, llenas de vida y que se dilataban suavemente en la atmosfera que rodeaba el "asunto."

Retazos de seda sin valor comercial, formaban tapices en la superficie de las paredes. Un zape del Saltillo de brillantes colores en rombos y cuadrilongos servía de "portier." La lámpara que pendía del cielo, al lado de una enorme sombrilla chinesca de papel que casi cubría la cama, estaba cubierta con un velador del que colgaba, formado círculo, un fleco de encajes y listoncillos, como vaporosa espuma en la que la luz fingía coloraciones y brillos como si reflejase en las facetas irisadas de un crepúsculo nebulado.

Había colgaduras que parecían ocultar misteriosos y diminutos retretos; rincones donde un par de duendes en compañía de Puck, habían

de combinar con su consejo, sus picarescas truhanerías. Un divancito, á un lado de la ventana, debía servir para que dialogaran sus románticos amores el Caballero Jázmin y la Princesa Rosalía. Una cajita de arte japonés en cuya tapa niveaba el Fushiyama, colocada bajo la mesa en la que se servía el té, debía contener todos los personajes de la Ciderela en espera del conjuro que había de darles vida. El polichinela colgado de una cortina dislocaba sus piernas; sus brazos pendían por su espalda y de su cara emergía la nariz rojiza en "pendant" con el travieso guiño de sus ojos.

En una rinconera, un cuadro de metal encerraba el retrato del padre de Enrique; el viejo diplomático, adusto, de cara morena y llena de energía. La madre de Luisa en otro cuadro; una Señora algo gruesa; en su rostro la belleza se detallaba en todas sus líneas y la energía se demarcaba en una expresión de bondadosa altivez y de sólida fuerza. Algunos retratos de familia y de amigos se intercalaban con cuadrillos ó con juguetes.

El piso estaba cubierto con deshechos de alfombras pero tan inteligentemente combinados en sus uniones, que al formar tableros se mardaban los colores fecundando en armonía de

tonalidades su artístico conjunto.

En todo aquello se notaba el gusto refinado y exquisito de una alma femenina superior. La mezcla armónica y delicada de tantos objetos y el ritmo del colorido y las proporciones, hacían brotar del conjunto una suave vibración luminosa que fingía la perspectiva de caleidoscopio de refrangibles y vagos contornos, impresionando tan alhagadora y dulcemente la visión, que las ondas sensoriales propagándose gratamente en las sinuosidades del cerebro, inundaban los sentidos, simulando muy confusa y suavemente las indefinidas modulaciones de una música de ensueño

La otra pieza, como hemos dicho, servía para guardar la ropa y lavarla. Dos grandes baúles, dos cajas de madera y dos ó tres sillas con un lavadero de metal y una estufa, completaban la existencia.

* * * *

Serían las once de la mañana, cuando Luisa despertó. Todavía se sentía algo triste pero á poco, al disiparse las brumas del sueño, se sintió en buena calma y saltó ligera del lecho. Enrique siguió durmiendo, pero un momento

después, los dos comían en la mesa de la pieza interior y ella se entregaba á una de sus charlas risueñas, infantiles y en las qué, de vez en cuando, brillaban pensamientos llenos de luz ó brotaba la frase chispeante y espiritual que caracterizaba su genio de mujercita buena é inteligente.

Enrique bostezaba aún y escuchaba maquinalmente á Luisa sin parar atención ni en sus palabras ni en los gratos mimos que le prodigaba como una costumbre que creaba en ella la necesidad de querer, de vivir enamorada.

Al concluir de almorzar, Enrique se levantó desperezándose y ella permanecía sentada queriendo retenerle y tratando de hacer mas atractivo su charla para interesarlo en ella.

—Si. ¡Hombre! Lo que yo te digo es lo mejor. Todavía los amigos de tu papá tienen buena intención de ayudarte y te ayudarán. No lo dudes.

—Bueno y mientras consigo lo que tu quieres, que hacemos?

—Nos iremos de aquí á México. Con lo que hemos ahorrado podemos vivir cuatro ó seis meses á más de lo que tienes que darle á tu mamá para sus gastos. Yo entretanto puedo trabajar para ganarme algo y en ese tiempo, es-

CAPILLA ALFONSO

toy segura, que conseguirás un empleo consular, no importa para donde, pero será siempre un magnífico principio.

—Tu crees —le dijo con cierto fastidio Enrique—que todo es cuestión facilísima y que solo con pedir el empleo ya se tiene conseguido?

—¡Por Dios! Enrique—interpeló ella—siempre que hemos hecho algún esfuerzo para mejorar, tú te has llenado de desconfianza y sin embargo, no nos ha ido mal. Yo tengo la seguridad de que al pedirle una posición á D. Ignacio (se refería insinuativamente al viejo Ministro amigo del padre de Enrique) él te la dará, será cuestión de algún tiempo, pero te la dará yo estoy segura. Mira—añadió mimosamente—podemos irnos á la América del Sur. A la Argentina. Tengo tantos deseos de conocer aquellos países, dicen que allá quieren mucho á los mexicanos. Allí será el comienzo de tu carrera. Ya ves, yo puedo ayudarte. ¡Oh! si pudieras ser Cónsul, yo podría arreglar nuestros asuntos diplomáticos perfectamente á conciencia. Sr. de Alvarez, estudiaré Derecho Internacional y hasta Volapúk, para dejar contento al Sr. Ministro, con nuestras funciones consulares. Que le parece á V. Excelencia, Sr. Embajador de la República Mexicana?

—No seas tonta. Tu siempre soñando sin que te llame la atención lo que es práctico.

—Mira, hijo. Creo que es bastante práctico trabajar once horas diarias, ganar lo que ganamos y vivir entre la gente con quienes vivimos. Mis sueños pueden ser realidades con solo que tu pongas algo de voluntad.

—Anda. Anda. Déjame ir.

—¡Enrique! ¡Enrique! Quédate mejor á platicar. Qué no estás contento conmigo? Oye. Anoche estuve bastante triste y no quiero que me dejes sola. Creo que ahora van todos á un juego de pelota, pero tu puedes pasarla aquí ó si no, iremos á dar una vuelta juntos. Te parece? Echaremos un paseo á las lomas. Oye. Quiero decirte una cosa. Ya no quiero volver á los bailes que dan aquí. Es una porquería. Te fijaste en lo que pasaba anoche?

—Bien sabes que si vamos á esos bailes no es por mi gusto si no por que se sentiría el Cashier, que es quien me invitó y quien se empeñó en que fuéramos.

—El Cashier? Anoche me desagradó, como no puedes figurarte, ese viejo hipócrita. En compañía de ese Juez y ese otro sucio que creo es Licenciado ó no se qué, forma un grupo al que se añade el Manager y que bastante morti-

ñican á las gentes del pueblo. Creo que el Manager ha prohibido vender por las calles á los comerciantes ambulantes y es necesario que le pidan permiso. No es buena gente ninguno de ellos.

—Vale mas que te calles.

—Bueno Enrique—siguió ella volviendo al asunto primero—te convences de lo que te digo? Vámonos de aquí. Ya no quiero, no quiero vivir aquí. Algo nos vá á pasar. Estoy mucho muy adisgusto. Déjame sola si quieres irte. Hasta me parece que estoy enferma. Déjame. Déjame sola—añadió, casi llorando—Por que no quieres estar conmigo?—continuó en amargo reproche—¡Enrique! Si pudieramos irnos mañana de aquí hoy mismo si fuera posible. Yo no sé qué me pasa—su cara dejaba ver la pena que le amargaba el corazón.

—Luisa. Que tienes? No seas tonta. Lo que te pasa es que estas nerviosa por la desvelada.

La verdad era que á Enrique le fastidiaba grandemente la sensibilidad de su mujer, por mas que esta sensibilidad solía convertirse en varonil energía cuando llegaban los tiempos duros. A veces era brusco con ella y procuraba mantener siempre entre los dos cierta distancia, ocupada por lo que él creía respeto á su

propia persona y que no era otra cosa que esa esclavitud voluntaria de ciertas mujeres fuertes cuando sienten la necesidad de dar energía, y tratan de dar de la que disponen, al hombre con quien el destino las hace caminar por este mundo. Enrique vivía engañado por que creía en la firmeza de su voluntad cuando ésto precisamente indicaba su debilidad de carácter, y Luisa se creía de buena fé, inferior á Enrique, al obedecer sus indicaciones, siendo que lo que creía bueno lo obedecía por que así había de ser y lo que ella veía malo lo acataba por que haciéndolo así, satisfacía la necesidad de creer á su marido fuerte en voluntad y en concepción intelectual. En realidad había gran diferencia de caracteres y á Luisa le había tocado siempre llevar el mayor peso; pero ella vivía sino contenta, cuando menos soportaba la tarea, ya que su alma estaba hecha para la lucha y esa lucha era de abnegación y de sacrificio al aceptar á cada momento la falsa situación de su mentida inferioridad.

Enrique no disimulaba la intención de marcharse y Luisa casi se obsecaba en detenerlo. Algo bullía en su cerebro y repentinamente se hizo claro en su interior el deseo de explanarse.

—Sábes—empezó un poco indecisa—es muy

extraña conducta de Mr. Hitt, el Jefe de la Tienda. Antes no era tan amable como ahora. Oye Enrique—siguió bromeando—es necesario que te pongas celoso. Mr. Hitt está de lo más galante conmigo. Ayer en la mañana me llamó á su despacho y estuvimos charlando mas de una hora. Su conversación no tuvo mas objeto que hacerme reír. Cómo hubiera yo deseado que hubieras estado allí.

—Mr. Hitt es un buen hombre—dijo él maquinalmente—yo lo estimo como buen amigo. También estuve charlando con él ayer y me hizo entender que me mejorará de sueldo. Por eso precisamente veo como tontería se te ocurra á tí que nos vallamos, Aquí podemos seguir y podremos hacer algo de provecho.

—La verdad, Enrique, es, que me llama la atención la conducta de Mr. Hitt. Antes era bien duro con los dos lo mismo que con todos. Tu sabes bien que nunca á ocultado el desprecio que siente por nosotros y nunca tuvo empacho en decirnos, á nosotros mismos, que todos los mexicanos forzosamente son ladrones. Repentinamente ha cambiado de parecer y ahora es un dulce.

—Creo que esto obedece á que nos considera diferentes á los demás. Qué intenciones crees

tu que tenga Mr. Hitt? Yo no puedo figurarme mas que una estimación sincera. Yo le he ayudado en estos últimos días á poner en claro sus cuentas y no creas que él esté más limpio que sus cuentas. Hay muchas partidas que no podrá justificar.

—Yo sé. Yo sé—dijo ella—Sábese lo que vimos una de las Marignano y yo? Varias veces á mandado sacar Hitt, grandes partidas de mercancías que se las vende ocultamente á los comerciantes del mineral. Yo creo que ya ha sacado varios miles de pesos y eso se lo toma él. No te quepa ni duda.

—Mira Luisa. Vale más que no te metas en esos asuntos. La verdad es que si te ocupas de esas cuestiones tendré que disgustarme contigo. Eres tonta, tonta de remate.

Luisa conocía estas genialidades de su marido y no le daban cuidado, sin embargo se había puesto pensativa como si la conversación hubiera hecho nacer en ella nuevas ideas ó le hubiera aclarado algo que para ella había permanecido oscuro hasta aquel momento, por que volviéndose con cierta energía hacia Enrique, quien había permanecido listo para marcharse, le dijo:

—Yo no sé. No sé cómo explicarme ahora la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

galantería tan estraña de Hitt. A mi no me agradaron sus regalos. Hace ocho días que diariamente me obsequia telas para vestidos ó regalitos. Antes no era así.

—Bueno. Qué me quieres decir con eso?— dijo Enrique realmente fastidiado.

—Yo no te quiero decir nada, pero lo cierto es que yo no quería aceptar nada de eso por que cuando menos, podrá haber algunas habilllas, pero él te pidió permiso para hacerme esos obsequios y tú aceptaste. Yo creo que hubiera sido mejor no aceptarlos.

—Decididamente, Luisa, estás ahora más tonta que nunca. Nosotros no estamos ricos y tenemos que ser gratosá aquellos de quienes dependemos. Yo también he aceptado esos regalos más por consecuencia que por otra cosa. Lo que has de hacer es de ahora en adelante tu misma negarte á recibir nada. Creo que eso es lo mejor.

—No. No me gustan nada estas geutes. Ojalá estubieramos muy lejos, muy lejos de aquí.

—Otra vez con tus historias? Hasta luego.

Enrique salió bruscamente sin hacer mas caso de Luisa y ella se quedó pensativa. En su pecho se agitaba cierto espíritu de rebelión contra aquella obcecada insensibilidad de su

marido y contra aquella falta de consideración á esos derechos de cortesía; derechos que ninguna resigna y cuya violación solo aceptan las mujeres maltratadas, por que no pueden modificar la imbecil brutalidad del hombre, brutalidad vana, inútil y cruel contra la compañera de la existencia, la creadora del placer y la noble y santa y buena y fuerte reproductora de la materia, del espíritu y de la inteligencia humanas.

